

ELOGIO DE LA LECTURA

María Eugenia Góngora
Universidad de Chile

Introducción

Esta presentación, que he titulado 'Elogio de la lectura' es, por cierto y en primer lugar, un elogio de las palabras; un elogio de las palabras y un elogio de la voz: ellas están en nuestro origen y las buscamos siempre de nuevo, especialmente en nuestras experiencias de amor y amistad más significativas¹.

Por eso, antes de entrar en los saberes y sabores que nos aguardan en la palabra escrita, en los primeros registros históricos, en la crónica, el gran ensayo y en el poema, en la novela y la carta de amor, en todos los libros de una biblioteca, en el papel volandero, en el diario de vida o el diario de viajes, quiero leer un anónimo poema, encontrado totalmente al azar. Es un poema religioso, de la tradición musulmana sufí y creo que puede ser entendido como una oración y como un poema de amor; dice así:

*Tu silencio me duele
tanto como la vida,
tanto como el tiempo.
Tus palabras me sostienen
tanto como la tierra,
tanto como el cielo.*

La escritura y la lectura, como sabemos, son actividades humanas relativamente recientes si las consideramos históricamente, desde los ideogramas escritos en papiro y desde las diversas grafías en la piedra, en las tablillas de cera, en los rollos o volúmenes romanos hasta el establecimiento del códice como soporte de lectura hacia el siglo 4 D.C. y luego, desde el libro, el pliego suelto, el tabloide periódico y ahora también la página de Internet que nos devuelve al

¹ Quiero recordar en este sentido el texto de Walt Whitman, *Leaves of Grass/ Hojas de Hierba* (Starting from Paumanok), sobre el que volveré al final de esta presentación: "...Have you practis'd so long to learn to read? Have you felt so proud to get at the meaning of poems? Stop this day and night with me and you shall possess the origin of all poems,/ you shall possess the good of the earth and sun, (there are millions of suns left,)/ You shall no longer take things at second or third hand, nor look/through the eyes of the dead, nor feed on the spectres in books/..." "*¿Te ha costado tanto aprender a leer? ¿te enorgullece comprender el sentido de los poemas/? Quédate conmigo este día y esta noche y serás dueño del origen de todos los poemas,/Serás dueño de los bienes de la tierra y del sol (aún quedan millones de soles),/ Ya no recibirás de segunda o de tercera mano las cosas, ni mirarás/ por los ojos de los muertos, ni te alimentarás de los espectros de los libros/...(Selección, traducción y prólogo, J.L.Borges, Barcelona:Lumen 1991) p.22-25.*

modo de lectura continua del antiguo rollo. En cada caso, nuestros ojos, nuestras manos y nuestra posición corporal son esenciales para comprender históricamente los aprendizajes relacionados con la lectura y la escritura, aprendizajes que en la actualidad se nos aparecen como elementos básicos y casi obvios del conocimiento; se trata por cierto de procesos complejos que involucran destrezas corporales y motrices, así como el ejercicio de la memoria y la comprensión de aquellos códigos, necesidades y expectativas sociales precisas que no son generalizables ni siquiera en la historia de un mismo país. Los procesos masivos de alfabetización no garantizan la comprensión de textos relativamente complejos, como bien sabemos, y la valoración social de la lectura responde a muy diversas motivaciones y circunstancias históricas. En nuestro ámbito, la escuela y la universidad son (todavía) los lugares en los que la lectura es una actividad fundamental, pero a veces olvidamos que la inmensa mayoría de las personas, y también nosotros mismos, usamos el aprendizaje escolar como un instrumento para leer noticias, instrucciones y avisos, para hacer negocios, para escribir o leer un documento legal o notarial, así como para estar 'al día' en las opiniones y acontecimientos políticos que se publican en diarios y revistas. Esos usos más habituales de la lectura, muchas veces efímeros u ocasionales, son importantísimos también, desde mi punto de vista, y no deberíamos considerarlos menores; son una parte esencial de nuestra experiencia actual de lectores y ciudadanos.

Las imágenes de todo tipo, por otra parte, son y han sido desde siempre entendidas como un apoyo fundamental para la comprensión de todo tipo de realidades, desde las realidades espirituales hasta las más prosaicas y cotidianas. Desde que hay registro, podemos también 'leer' las imágenes que fueron y siguen siendo, como escribió el papa Gregorio el Grande (540-604) hacia el año 600, la 'Biblia de los iletrados'², aunque no necesariamente restringimos, por cierto, nuestra comprensión y nuestra lectura a las imágenes religiosas en los que pensaba Gregorio en su escrito. Por otra parte, las imágenes que están codificadas como escritura, es decir los ideogramas y pictogramas, son equivalentes a un alfabeto en algunas culturas, como es el caso de la cultura maya, de la China y el Egipto. Y cuando J.W.T. Mitchell ha escrito hace ya más de una década sobre el giro pictórico' en nuestra cultura³, está dando cuenta del proceso cultural en el cual la 'lectura' de las palabras como paradigma del conocimiento, está dando lugar a la hegemonía de la

² Hacia el año 600, Gregorio el Grande escribió dos cartas a Serenus, obispo de Marsella. Oponiéndose por cierto a la adoración de las imágenes que temía Serenus, Gregorio defendió su utilidad para que los iletrados pudieran leer en ellas lo que no pueden leer en los textos.

³ Mitchell, W. J. T. , "The Pictorial Turn" en *Picture Theory. Essays on Verbal and Visual Representation*. Chicago: University of Chicago Press, 1994., pp. 11-34. Sobre el carácter visual de todo texto: "Writing, in its physical, graphic form, is an inseparable suturing of the visual and the verbal, the "imagetext" incarnate" (95).

comprensión de la realidad gracias a la conjunción de palabra e imagen (como en la obra del poeta y pintor William Blake, del siglo XVIII y, por cierto, en los manuscritos iluminados de la Edad Media) o, definitivamente, gracias a la sola imagen. Esto significaría que la imagen ya no es simplemente un apoyo o una ilustración de la palabra escrita, sino que se nos presenta con igual fuerza y potencia que ésta, para que aprendamos a descifrarla.

Elogio de la lectura

Quisiera iniciar entonces mi elogio de la lectura en este marco histórico e institucional: en la universidad leemos porque la lectura es nuestra fuente de conocimiento y de placer a un tiempo. El aprendizaje, para ser verdaderamente tal, supone al mismo tiempo una disciplina y un placer, como lo entendían los antiguos maestros, y por eso hay que enseñar deleitando. Sabemos por cierto que nuestro aprendizaje no es siempre placentero, que siempre hay aspectos de éste que, al menos en los primeros años, sentimos como difíciles, incomprensibles o inútiles. Sin embargo cuando hemos concluido un ciclo, solemos percibir que incluso esos momentos duros de nuestro aprendizaje fueron instrumentos útiles, en definitiva, para nuestra formación.

Esta relación del placer y la lectura, del placer y el conocimiento está ya presente sin duda en las metáforas que asocian el libro con el mundo, como lo ha descrito Ernst Robert Curtius en su libro sobre los tópicos literarios en la Literatura Latina y la Edad Media Europea: el mundo está abierto como un libro ante nosotros, para que lo descifremos, y al descifrarlo, aprendamos a gozar de su belleza y de la belleza de su Autor. En el cristianismo y en las llamadas religiones del Libro, el Autor del mundo es el Escritor en cuya obra está su signatura y cuyo sello está presente en cada uno de sus elementos⁴. En esta perspectiva, la lectura permite así un encuentro con la verdad del mundo creado y un modo específico de conocimiento gozoso que es muy semejante a aquella experiencia plena que recrea Borges cuando escribe del mundo de los libros en su cuento “La Biblioteca de Babel”:

“...La Biblioteca es total [...] en sus anaqueles se registra todo lo que es dable expresar: en todos los idiomas. Todo: la historia minuciosa del porvenir, las autobiografías de los ángeles, el catálogo fiel de la Biblioteca, miles y miles de catálogos falsos, la demostración de la falacia de esos catálogos, [...]la relación verídica de tu muerte [...].

⁴ E.R. Curtius: *European Literature and the Latin Middle Ages*, New York: Harper&Row 1953, pp. 32-347 cap. 16 En este contexto, podemos citar al escritor Alanus de Insulae (s. XII) se le atribuyen estos versos: *Omnis mundi creatura/quasi liber et pictura/nobis est speculum./Nostrae vitae, nostrae mortis,/nostri status, nostrae sortis/fidele signaculum.* “Toda criatura del mundo como libro y como pintura es para nosotros un espejo, señal fiel de nuestra vida, de nuestra muerte, de nuestra condición, de nuestra suerte” (trad. María Isabel Flisfisch) Citado por E.R.Curtius, p. 319.

Cuando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros, la primera impresión fue de extravagante felicidad”.

Si hemos leído el cuento de Borges hasta el final, nos damos cuenta de que su Biblioteca de Babel, eterna y laberíntica, no es precisamente el lugar donde reside la felicidad humana. Pero al comentar estas líneas que acabo de citar, el historiador Roger Chartier ve en esta Biblioteca de Babel borgiana un sueño que ha atravesado la historia europea y occidental, en la búsqueda de una biblioteca que reúna todos los saberes acumulados, todos los libros jamás escritos. Ese sueño, escribe Chartier, “fundó la constitución de las grandes “bibliotecas”, ya fueran reales, eclesiásticas o privadas; justificó la búsqueda tenaz de los libros raros, de los textos perdidos, de los textos desaparecidos. Gobernó el gesto arquitectónico dedicado a construir edificios capaces de acoger la memoria del mundo”⁵. Este sueño es también el que justifica los grandes sistemas de clasificación de bibliotecas, que no son sino un ejemplo de los dispositivos del poder y del orden sobre los libros, pero también sobre nuestras lecturas, hasta el día de hoy. Los actuales códigos numéricos y las palabras clave para la búsqueda de las obras escritas son por cierto los herederos de los “códigos” mencionados por Umberto Eco en *El nombre de la Rosa* para su gran biblioteca benedictina.. Esta biblioteca laberíntica, un intertexto explícito del relato *La Biblioteca de Babel* de Borges, está dividida en secciones según los países de origen de los autores cuyas obras se encuentran allí representadas, y nos encontramos aquí de nuevo con el mundo y sus grandes espacios geográficos y culturales.

Esta búsqueda de un saber sin fin, de la biblioteca infinita que lo contiene todo y la búsqueda obsesiva de nuevos textos, nos conduce a otro aspecto de la lectura que me interesa atraer a este “Elogio”. Hemos leído una militante “Defensa de la Lectura” como la que escribió el gran poeta Pedro Salinas y que es, sobre todo, una discusión sobre la cultura y la biblioteca pero, igualmente, una defensa de la lectura personal y libre. La elección del título de mi presentación tiene otra intención, más allá de una posible “defensa” de la lectura frente a la realidad de la llamada ‘cultura de masas’: si tenemos alguna experiencia como lectores, el “Elogio de la lectura” nos traerá el recuerdo del “Elogio de la locura”, del humanista Erasmo de Rotterdam (1436/9-1536). Su *Locura* es por cierto la *Moria* de los griegos, la insensatez o la locura, en su traducción castellana más habitual. Así como la Sabiduría se alaba a si misma en los libros bíblicos⁶, así la *Locura* de Erasmo escribe de si misma que ha

⁵ Roger Chartier. “Bibliotecas sin muros” en *El orden de los libros*, Barcelona: Gedisa Editorial 2000, (1992), pp. 69-70.

⁶ Proverbios 8: 15 y 22-24. “Por mí, los reyes reinan / y los magistrados administran la justicia/ Por mí los príncipes gobiernan / y los magnates, todos los jueces justos” (Prov. 8:15).

‘Yahveh me creó, primicia de su camino, antes que sus obras más antiguas. Desde la eternidad fui fundada, Desde el principio, antes que la tierra, Cuando no existían los abismos fui engendrada (Prov. 8:

nacido en las Islas Bienaventuradas, en medio de la fertilidad que recuerda la Edad de Oro cantada por los poetas, en un verdadero jardín del Paraíso⁷.

Y quizás no casualmente, muchas veces en la historia de los siglos modernos en Europa y en América, la lectura ha sido asociada a los excesos de la imaginación, a un placer excesivo y también a la manía o, incluso, a la locura. Tradicionalmente, la lectura de la poesía y de las novelas de amor ha sido considerada peligrosa y la causante de los desórdenes de la fantasía, especialmente entre las mujeres lectoras. Es interesante recordar que no solo las mujeres de las élites europeas se apasionaron por la lectura, sobre todo a partir del siglo 18; según algunos testimonios, también las mujeres trabajadoras “leían con avidez comedias, novelas, poemas, [aprendían] de memoria escenas enteras, párrafos o estrofas, e incluso discurrían sobre las penas del joven Werther”⁸; en esa misma perspectiva, el novelista francés Henri Beyle, Stendhal⁹, relata en su *Correspondencia*¹⁰ que mientras la *femme de chambre* lee a autores como Paul de Kock (1793-1871), la *femme de salon* prefiere una novela en octavo, más respetable, y que se precia de cierto valor literario. Cualquiera fuera la posición social de las mujeres, durante mucho tiempo se las consideró el principal público lector de la ficción popular y romántica, como correspondía a su género, es decir, a seres dotados de un exceso de imaginación y, por otra parte, de pocas exigencias intelectuales. La ficción fue, pues, ‘feminizada’, mientras los periódicos y los tratados científicos y morales fueron considerados el objeto ‘natural’ de la lectura de los hombres. En el siglo 18, por otra parte, y asociada a una ampliación masiva de las posibilidades de lectura, se produjo en Alemania una verdadera *locura* o *manía* lectora, la llamada *Lesewut*¹¹. La lectura

22-24)

⁷ “Nací en medio de estas delicias [en las Islas Bienaventuradas] y no amanecí llorando a la vida, sino que sonreí amorosamente a mi madre. Así no envidio al altísimo Júpiter la cabra que le amamantó, puesto que a mí me criaron a sus pechos dos graciosísimas ninfas, la Ebriedad, hija de Baco, y la Ignorancia, hija de Pan, a las cuales podéis ver entre mis acompañantes y seguidores. Si queréis conocer sus nombres, os los diré, pero, ¡por Hércules!, no será sino en griego”. (*Moriae Encomium, Elogio de la Locura*, cap. 8. Traducción, Pedro Voltes Bou, www.cervantesvirtual.com)

⁸ Un autor vienés, citado por Reinhard Wittmann en el capítulo “¿Hubo una revolución de la lectura a finales del siglo XVIII?”, en Cavallo, G. y Chartier, *Historia de la Lectura en el mundo occidental*, Madrid: Taurus 1998, pp. 437-472 (p. 447)

⁹ Henri Beyle, Stendhal: Grenoble 1783-Paris 1842.

¹⁰ Henri Beyle, Stendhal: *Correspondance*, ed. Paupe-Chéramy, Paris, 3 vols., vol.3, pp. 89-92, citado por Martyn Lyons en “Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros” en Cavallo, G. y Chartier, *Historia de la Lectura en el mundo occidental*, Madrid: Taurus 1998, pp. 473-517, p. 483.

¹¹ Darnton, Robert, “El lector como misterio” en *Journal of French Studies* (No. 23, 1986): “A pesar de sus aciertos, los historiadores cuantitativos han descuidado algunos esquemas estadísticos significativos, y estoy seguro de que sus hallazgos serían aún más impresionantes si fuesen algo más que un empeño por hacer comparaciones entre un país y otro. Por ejemplo, las estadísticas son un indicio de que el renacimiento cultural de Alemania en las postrimerías del siglo XVIII tiene alguna suerte de relación con esa epidémica fiebre de lectura denominada comúnmente *Lesewut* o *Lesesucht*. El catálogo de Leipzig no alcanzó sino hasta 1794 el nivel que había fijado antes de la Guerra de los Treinta Años, cuando concluyó 1 200 títulos de libros recientemente publicados. Con la efervescencia del *Sturm und Drang*, el catálogo se elevó a 1 600 títulos en 1770; luego a 2 600 en 1780 y a 5 000 en 1800. Los franceses siguieron un esquema diferente. La producción del libro creció de modo estable durante un siglo después de la paz de

de novelas de amor habría causado no solo una ‘manía lectora’ más o menos inofensiva, sino que, de acuerdo a una tradición probablemente exagerada, la lectura de las *Desdichas del joven Werther*, que Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832) publicó en 1774, y cuyo protagonista culmina su amor desgraciado en el suicidio, habría provocado a su vez una ola de suicidios entre sus lectores¹².

El ejemplo más célebre de locura asociado a la lectura en nuestra literatura castellana es por cierto el de Don Quijote (1605). En el primer capítulo leemos:

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda (...)

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso —que eran los más del año—, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y, así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos (...)

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo¹³.

Las lecturas de don Quijote y el registro que de su biblioteca de novelas de caballería -y de poesía- hacen el cura y el barbero de su aldea (cap.VI) nos recuerdan también que, históricamente, el acceso a los libros ha sido más bien limitado para los hombres y mujeres que, aún sabiendo leer, no tuvieron acceso

Westphalia (1648): un siglo de gran literatura, desde Corneille hasta la Encyclopédie, que coincidió con la decadencia de Alemania”.

¹² En su ya mencionado artículo, Reinhard Wittman discute la ‘revolución de la lectura en el siglo 18. (Ver nota 8). Cita la siguiente observación de Johann Rudolf Gottlieb Beyer, pastor en Erfurt, quien registra sus observaciones sobre la ‘epidemia lectora’ en 1796: ve cómo “lectores y lectoras de libros que se levantan y se acuestan con un libro en la mano, que se sientan con él a la mesa, que no se separan de él durante las horas de su trabajo, que se hacen acompañar por el mismo durante sus paseos, y que son incapaces de abandonar la lectura una vez comenzada hasta haberla concluido(...) lo cogen y lo engullen con un hambre canina. Ningún aficionado al tabaco, ninguna adicta al café, ningún amante del vino, ningún jugador, [nadie] depende tanto de su pipa, de su botella, de la mesa de juego o del café como estos seres ávidos de lectura dependen de sus legajos” (Cit. Por R. Wittmann, op.cit.. p.438)

¹³ Miguel de Cervantes, *Primera Parte del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, Francisco Rico, ed., Edición del IV Centenario, Madrid: Real Academia Española y Santillana Editores 2004, p. 27-29.

a una gran biblioteca. La mayoría de las antiguas bibliotecas privadas tuvieron un número escaso de volúmenes, mientras que las colecciones monásticas y eclesiásticas en general, así como las bibliotecas reales, no se hicieron públicas sino hasta tiempos relativamente recientes. Las universidades han sido justamente una excepción, puesto que con mayor o menor amplitud, sus bibliotecas poseen desde antiguo catálogos asociados a los estudios que en ellas realizan sus profesores y sus estudiantes, y han estado abiertas a sus comunidades.

Aprender a leer

Durante la Edad Media, como sabemos, la lectura fue un aprendizaje poco frecuente, independientemente del status social de las personas; de hecho, sabemos que, con algunas notables excepciones, muchos nobles y aún muchos reyes no sintieron la necesidad de aprender a leer. Lo habitual fue que los clérigos y los monjes y monjas aprendieran a leer por razón de su estado, y que muchos hijos e hijas de campesinos aprendieran a leer o a escribir, justamente en las escuelas monásticas; es importante recordar asimismo, que lectura y escritura fueron por mucho tiempo aprendizajes separados. La escritura, practicada por secretarios y escribas fue, en general, un trabajo extremadamente duro por las condiciones de la inscripción de las letras con punzones en el pergamino, y muchas veces fue considerada un trabajo servil.

Otro aspecto fundamental que debemos recordar con respecto a la historia de la lectura en la Edad Media, en los primeros siglos de la modernidad, y hasta el día de hoy en algunos medios menos alfabetizados, es que la lectura fue habitualmente un hecho colectivo: bastaba que una persona supiera leer y reunía en su torno a un grupo de auditores que participaban así en la lectura sin leer ellos directamente; en los testimonios recogidos por los historiadores de la lectura, este hecho queda atestiguado por el uso de la palabra 'leer' en el sentido de escuchar la lectura en la voz de otro. Este hábito de la lectura colectiva y la relativa escasez de los libros manuscritos durante la Edad Media, así como de los incunables o de los libros y pliegos de cordel impresos llevaron a la situación habitual durante los primeros siglos de la modernidad de que los lectores habituales poseyeran unos pocos libros, leídos una y otra vez. Gracias a los estudios que se han realizado sobre los libros y la lectura, sabemos que, en el mundo protestante, incluso en los hogares más modestos de Europa y América del Norte, una Biblia y un almanaque eran los únicos libros existentes en una casa, y eran leídos en familia una y otra vez.

Un gran lector y escritor, como lo fue Francisco de Quevedo en España (1580-1645), alude a esta experiencia 'intensiva' de la lectura (por contraposición

a la lectura ‘extensiva’ de muchos lectores actuales) en un conocido soneto suyo, habitualmente llamado ‘Desde la Torre’ (escrito hacia 1641¹⁴); significativamente, está dedicado a don José de Salazar, su editor. Escribe Quevedo que sus libros “[son] pocos, pero doctos”, y en su poema alude así a su experiencia de lector: “Vivo en conversación con los difuntos y escucho con mis ojos a los muertos”.

Desde la torre

*Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.*

*Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
o enmiendan, o fecundan mis asuntos;
y en músicos callados contrapuntos
al sueño de la vida hablan despiertos.*

*Las grandes almas que la muerte ausenta,
de injurias de los años, vengadora,
libra, ¡oh, gran don Iosef!, docta la emprenta.*

*En fuga irrevocable hoye la hora;
pero aquélla el mejor cálculo cuenta
que en la lección y estudios nos mejora¹⁵.*

Recordando posiblemente este poema, ese gran lector ciego y buen conocedor de Quevedo que fue Jorge Luis Borges, compuso un poema que tituló “Mis libros”:

Mis libros (que no saben que yo existo)/ Son tan parte de mi como este rostro/

De sienes grises y de grises ojos/ que vanamente busco en los cristales/

Y que recorro con la mano cóncava./ no sin alguna lógica amargura/

Pienso que las palabras esenciales/que me expresan están en esas hojas/

Que no saben quién soy, no en las que he escrito.

Mejor así. Las voces de los muertos/Me dirán para siempre¹⁶. (mi énfasis)

¹⁴ David Gareth Walters, “Sobre prisiones y sonetos, el libro del mundo y el mundo de los libros” (www.biblioteca.org.ar/LIBROS/200489.pdf)

¹⁵ Francisco de Quevedo: José Manuel Blecua, ed., *Obras completas de Francisco de Quevedo. Poesía*. 2 vols. Madrid: Turner 1995, vol. 1, p.103

¹⁶ Jorge Luis Borges, “Mis libros” en *La Rosa Profunda*, Buenos Aires: Emecé Editores 1975, p. 131

En estos dos poemas nos encontramos así con el tema del recuerdo y de la mirada que se asocian en la lectura: se poetiza aquí el antiguo tema del conocimiento a través de los sentidos y en primer lugar, a través de la vista; la memoria es, en definitiva, la verdadera fuente del conocimiento y de las imágenes que nos permiten conservarlo y, como sabemos, a ella se refirió San Agustín (354-430) en sus *Confesiones*(ca.398) cuando escribió sobre los grandes espacios de su memoria:

“Mas heme aquí ante los campos y anchos senos de la memoria, donde están los tesoros de innumerables imágenes de toda clase de cosas acarreadas por los sentidos. Allí se halla escondido cuanto pensamos...” (*Confesiones* X, 8, 12)¹⁷

Si tomamos en serio la lectura, debemos tomar en serio sus consecuencias. El poder de la lectura es real, como real es el poder de toda palabra. Una de las potencias de la palabra pronunciada (y de la lectura de la palabra escrita) es su inscripción en la memoria; la palabra servirá pues para traernos el recuerdo de los acontecimientos y de los hombres y mujeres del pasado. Como sabemos, el deseo de perdurar en el recuerdo de los hombres ha llevado a la creación de poemas que tienen que ser cantados y recordados -también a través de su inscripción como palabra escrita- desde tiempos muy antiguos; así lo atestiguan los registros históricos, los poemas épicos, y también las grandes elegías por las ruinas de una ciudad o por la muerte de los héroes.

Por otra parte, el poder de la lectura es fundamentalmente la libertad que ella otorga a los lectores. Como sabemos, la lectura ha sido muchas veces restringida por las autoridades de todo orden, civiles y religiosas: ellas han reconocido siempre el ‘peligro’ que supone la lectura. Desde la lectura colectiva, en voz alta, en el ámbito de una comunidad de lectores y auditores, la lectura ha ido progresivamente evolucionando a la lectura individual y silenciosa, pasando por la *ruminatio* individual monástica. Esta evolución ha sido asociada por algunos estudiosos a una progresiva autonomía del individuo lector y a un grado de libertad que se hace efectivamente peligrosa, porque la lectura permite la evasión, la abstracción -aunque sea pasajera- de ciertas convenciones sobre la ‘realidad’ y, sobre todo, porque otorga la posibilidad de la interpretación libre de los textos; la lectura posee así un carácter de *seducción* que no siempre es bienvenida. Recordemos también en este punto la fuerza de la palabra escrita, la que ha sido tradicionalmente asociada a su carácter sagrado, así como lo atestiguan las especulaciones místicas sobre la letra y su potencia tanto en el judaísmo como en el cristianismo y en el Islam.

Este último aspecto nos debe hacer recordar que tanto en el ámbito de la lectura individual como en el de la palabra compartida, nos encontramos asimismo con

¹⁷ San Agustín, *Las Confesiones*, Obras de San Agustín tomo II, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos 1945, Ángel Custodio Vega, ed. , p. 481

la experiencia religiosa: así, la conversión religiosa e, inversamente, el proceso de abandono de la religión o la conversión a nuevas creencias han estado muchas veces relacionadas con la lectura de aquella palabra decisiva que “define” una conversión. Así como San Agustín relata su conversión en la escena del jardín y del códice bíblico abierto casi ‘mágicamente’ solo para él, para responder sus preguntas más íntimas¹⁸, así hemos leído o conocido de múltiples experiencias en las que un cristiano dice haber abandonado su religión “porque ha leído mucho”, es decir porque se ha internado en las lecturas que lo ‘convirtieron’ a un nuevo estado de creencias. Lo mismo se ha podido decir del proceso de conversión a las ideas anarquistas y socialistas entre los antiguos tipógrafos de fines del siglo 19 y de comienzos del siglo 20, justamente de aquellos artesanos que estaban íntimamente ligados a la palabra escrita a partir de la imprenta; un proceso semejante es la importante labor de ‘conversión’ a una gran diversidad de grupos religiosos, esotéricos y políticos a través de las páginas de Internet: de nuevo, las palabras unidas a las imágenes parecen abiertas a múltiples lecturas e interpretaciones. De nuevo, la lectura individual y muchas veces secreta, está significada como la apertura al mundo a través de la lectura.

La lectura es también, muchas veces, un viaje que nos lleva al conocimiento de nosotros mismos, y no solo del mundo exterior. Las palabras de otros nos sirven de espejo y nos ayudan, muchas veces, a conocernos mejor. La imagen del espejo es por cierto la adecuada, si bien no estamos postulando que la página escrita sea necesariamente un ‘reflejo’ nuestro en el sentido mecánico de esa comparación. Recordemos nuevamente en este contexto las palabras de Gregorio el Grande, cuando escribía que “la lectura nos presenta una especie de espejo frente a los ojos de nuestra mente, para que nuestro rostro interior pueda ser visto en él. Así aprendemos a conocer nuestra propia fealdad y nuestra propia hermosura, (...) porque deberíamos transformar lo que leemos en nosotros mismos”¹⁹

La lectura individual es también uno de los temas que desarrolla Pedro Salinas, en su ya mencionada *Defensa de la Lectura*. Salinas escribe así: “Se define al lector simplicísimamente: el que lee por leer, por el puro gusto de leer, por amor invencible al libro, por ganas de estarse con él horas y horas, lo mismo que se quedaría con la amada; por recreo de pasarse las tardes sintiendo correr, acompañados, los versos del libro, y las ondas del río en cuya margen se recuesta”²⁰

¹⁸ San Agustín, *Las Confesiones*, VIII, 11-12, p. 403-406

¹⁹ Gregorio el Grande, 7. *Moralia in Job* II.i and I. 33; citado por Mary Carruthers en *The Book of Memory* pp. 325

²⁰ Pedro Salinas, “Defensa de la Lectura”, en *El Defensor*, Madrid: Alianza Editorial 2002, p.

Lectura y recuperación del Paraíso

En este mismo sentido, y como lo ha escrito también Roger Chartier, frente al orden de los autores, de los editores, de los críticos y de los censores, “la lectura, por definición, es rebelde y vagabunda”²¹. La lectura quiere recuperar la voz, la palabra y el conocimiento del mundo; para ello, el lector corre los peligros que conllevan la imaginación y hasta la locura, pero prefiere correrlos antes que perder su libertad y el placer de la lectura; todos los que podemos entrar a mirar los anaqueles de una biblioteca y vagar por ellos, como si fuera la Biblioteca de Babel descrita por Borges, podemos experimentar ese placer, ese especial sentimiento de felicidad y de libertad, y nos sentimos por un momento viajeros en un mundo abierto solo para nosotros.

Para concluir, creo que podemos preguntarnos en este punto “¿por qué vale la pena leer?” Una respuesta posible nos la propone Michel de Certeau: “Muy lejos de ser escritores, fundadores de un lugar propio, [...] los lectores son viajeros. [Mientras] la escritura acumula, amontona, resiste al tiempo por medio del establecimiento de un lugar ...[la lectura] no conserva sus adquisiciones, y cada uno de los lugares por donde pasa es repetición del paraíso perdido”²²

Quisiera recordar aquí también los versos escritos por el poeta norteamericano Walt Whitman (1819-1892) en el *Canto a Mi mismo* (1855). “¿Te ha costado tanto aprender a leer? ¿te enorgullece comprender el sentido de los poemas? Quédate conmigo este día y esta noche y serás dueño del origen de todos los poemas, /Serás dueño de los bienes de la tierra y del sol (aún quedan millones de soles), / Ya no recibirás de segunda o de tercera mano las cosas, ni mirarás/ por los ojos de los muertos, ni te alimentarás de los espectros de los libros”²³...

Estas líneas parecen proponer el valor de *la experiencia amorosa* por sobre *la experiencia de la lectura* como origen del conocimiento, y contradicen, al menos en apariencia, mi elogio de la lectura. Aparece aquí también mencionada la presencia de los muertos: gracias a la experiencia amorosa, escribe Whitman por su parte, se puede ir más allá de la experiencia habitual de la lectura: “Quédate conmigo este día y esta noche y comprenderás el sentido de los poemas [y ya...no] mirarás/ por los ojos de los muertos”.

Quiero recoger por último, nuevamente, el poema de Francisco de Quevedo; en su texto, el lector intenta “escuchar a los muertos con los ojos”, y también, añadimos nosotros, intenta recuperar la memoria, recuperar las palabras originarias. Podemos recordar también en este sentido lo escrito en uno de los

²¹ Roger Chartier, Prefacio “El orden de los libros” en *El orden de los libros*, Barcelona: Gedisa Editores, 2000, p. 19-20.

²² Michel de Certeau, *L'invention du quotidien*, I, “Arts de faire (1980)”, Luce Giard ed., Paris :Gallimard 1990, p.251, citado por Roger Chartier : « Comunidades de lectores » en *El Orden de los Libros*, Barcelona: Gedisa Editores 2000, p. 23.

²³ (Selección, traducción y prólogo, J.L.Borges, Barcelona:Lumen 1991) p.22-25

textos bíblicos más influyentes en la tradición cristiana sobre el valor de las palabras, el evangelio de Juan: “El Verbo [la Palabra] se hizo carne y habitó entre nosotros”²⁴. Así, una y otra vez, gracias a tantas palabras e imágenes provenientes de todos los lugares y tiempos imaginables, en tantos libros antiguos y nuevos, en todos los soportes de lectura posibles, sentimos que vale la pena leer y recomenzar una y otra vez esa tarea de ‘recuperación’ del paraíso perdido.

²⁴ Juan 1, 1

ELOGIO DE LA LECTURA. TEXTOS

Introducción

1. Tu silencio me duele
tanto como la vida,
tanto como el tiempo.
Tus palabras me sostienen
tanto como la tierra,
tanto como el cielo.

2. Jorge Luis Borges: *“La Biblioteca de Babel”*:

“...La Biblioteca es total [...] en sus anaqueles se registra todo lo que es dable expresar: en todos los idiomas. Todo: la historia minuciosa del porvenir, las autobiografías de los ángeles, el catálogo fiel de la Biblioteca, miles y miles de catálogos falsos, la demostración de la falacia de esos catálogos, [...] la relación verídica de tu muerte [...]. Cuando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros, la primera impresión fue de extravagante felicidad”.

3. Miguel de Cervantes: *Don Quijote*

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda (...)

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso —que eran los más del año—, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y, así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos (...)

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo²⁵.

4. Francisco de Quevedo: *Desde la torre*

²⁵ Miguel de Cervantes, *Primera Parte del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, Francisco Rico, ed., Edición del IV Centenario, Madrid: Real Academia Española y Santillana Editores 2004, p. 27-29.

Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.

Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
o enmiendan, o fecundan mis asuntos;
y en músicos callados contrapuntos
al sueño de la vida hablan despiertos.

Las grandes almas que la muerte ausenta,
de injurias de los años, vengadora,
libra, ¡oh, gran don Iosef!, docta la emprenta.

En fuga irrevocable hoye la hora;
pero aquélla el mejor cálculo cuenta
que en la lección y estudios nos mejora.²⁶

5. Jorge Luis Borges, "*Mis libros*"

Mis libros (que no saben que yo existo)/ Son tan parte de mi como este rostro/

De sienes grises y de grises ojos/ que vanamente busco en los cristales/

Y que recorro con la mano cóncava./ no sin alguna lógica amargura/

Pienso que las palabras esenciales/que me expresan están en esas hojas/

Que no saben quién soy, no en las que he escrito.

Mejor así. *Las voces de los muertos*/Me dirán para siempre²⁷. (mi énfasis)

6. Walt Whitman. "*Leaves of Grass*"

"¿Te ha costado tanto aprender a leer? ¿te enorgullece comprender el sentido de los poemas/?Quédate conmigo este día y esta noche y serás dueño del origen de todos los poemas,/Serás dueño de los bienes de la tierra y del sol (aún quedan millones de soles),/ Ya no recibirás de segunda o de tercera mano las cosas, ni mirarás/ por los ojos de los muertos, ni te alimentarás de los espectros de los libros/...²⁸

²⁶ Francisco de Quevedo, *Poesía Completa*, 2 vols. Madrid: Turner 1995 p.

²⁷ Jorge Luis Borges, "Mis libros" en *La Rosa Profunda*, Buenos Aires: Emecé Editores 1975, p. 131

²⁸ W. Whitman, *Leaves of Grass/Hojas de Hierba* (Selección, traducción y prólogo, J.L. Borges, Barcelona:Lumen 1991) p.22-25.